

AGENDA CIUDADANA

EL NECESARIATO

Lorenzo Meyer

El Irremplazable.- "El necesariato" es la manera como Daniel Cosío Villegas denominó en su Historia Moderna de México (El Porfiriato. Vida política interior, 2a. parte, Editorial Hermes, 1972, pp. 313 y ss.) a esa etapa de la historia mexicana que se inicia en 1888 y en donde la persona del dictador Porfirio Díaz se convirtió en el elemento indispensable e insustituible del régimen liberal. Tuvo entonces Díaz todos los resortes del poder en sus manos, al punto que hubiera podido decir: conmigo todo, contra mi nada. Con las salvedades del caso, en el nuevo régimen creado por la Revolución Mexicana, el fenómeno se volvió a repetir, pero ya no al nivel presidencial sino a otro más modesto pero importante: el del liderazgo del sector obrero, que le sirvió de base al PRI y a la presidencia autoritaria. En efecto, en el área de poder que le tocó ayudar a crear, consolidar y, sobre todo, administrar, Fidel Velázquez Sánchez (FV) retuvo la esencia del Porfiriato: la personalización extrema del poder. El suyo sería el segundo "necesariato" de la Revolución, después del que truncara en sus inicios los disparos de José de León Toral contra el presidente reelecto, general Alvaro Obregón, en 1928. Afortunadamente, el final del "necesariato" de FV no augura catástrofes nacionales como fue el caso de Díaz o pudo ser el de Obregón, sino todo lo contrario: la aceleración del fin del autoritarismo postrevolucionario.

A estas alturas se ha dicho casi todo lo que se podía decir en corto, sin la perspectiva que dan tiempo y distancia, sobre el

significado de la muerte de FV, el líder de la Confederación de Trabajadores de México desde 1941. Queda por hacer el análisis a profundidad. Sin embargo, para ello será necesario esperar a que se abran los archivos y a que transcurran los acontecimientos que nos permitan saber si este fin de siglo será, también, el del fin del régimen antidemocrático que formó, encumbró e hizo parte integral de sí mismo al hombre de Villa Nicolás Romero.

La Excepción a la Regla.- Como lo han señalado ya varios comentaristas, FV fue la encarnación misma del sistema político que se consolidó como resultado de la Revolución Mexicana. Desde hace tiempo FV hubiera podido exclamar como Luis XV, y sin mucha exageración "¡el sistema soy yo!", "¡el PRI soy yo!". Sin embargo, hubo un aspecto en que FV fue lo contrario: una excepción a las reglas centrales del sistema político mexicano del siglo XX y que él parecía encarnar como ningún otro. El sentido de la excepción se comprende mejor si examinamos las otras organizaciones de masas que formaron la base del poderoso partido de Estado creado por Plutarco Elías Calles en 1929 y transformado en partido corporativo en 1938 por el general Lázaro Cárdenas. En efecto, con la excepción de las obreras --cuyas raíces son anteriores al partido de Estado y a la Revolución misma--, ninguna de las otras organizaciones que conformaron, y conforman los sectores del PRI, pudieron tener y sostener a través de los sexenios, un liderazgo surgido de sus propias filas y en sus propios términos.

En abril de 1938 el partido del gobierno se transformó de PNR en PRM. Sus organizaciones de base fueron el ejército (sector

militar), la Confederación Nacional Campesina (sector campesino), la burocracia gubernamental (sector popular) y la CTM como el corazón del sector obrero, compartiendo espacios con la CROM, la CGT, mineros y electricistas.

En la asamblea constituyente del PRM, el sector con mayor número de delegados fue el militar (101), que hasta ese momento había sido el gran pilar del nuevo régimen. Pero ese ejército, tras la expulsión del general Calles del país, estaba ya en vías de subordinación completa al presidente de la República. Generales de renombre y supuestamente con apoyos dentro de las fuerzas armadas, como fueron los casos de Joaquín Amaro o Juan Andrew Almazán, por citar dos casos sobresaliente, nunca pudieron realmente interferir en la relación de subordinación de los comandantes de las zonas militares respecto del presidente Cárdenas. En 1940, el sucesor de Cárdenas sacaría al ejército del partido --supuestamente para darle un carácter apolítico, pero en realidad para reforzar el control presidencial sobre las armas-- y sólo dejaría a unos cuantos militares, completamente controlados, en la organización del partido, en el Congreso y en algunas gobernaturas. En suma, a partir de Cárdenas y Avila Camacho, el ejército se quedó sin liderazgo propio.

La organización campesina, la CNC, fue creada directamente por decreto presidencial, con la encomienda de organizar políticamente a los millones de campesinos beneficiados, o en vías de beneficiarse por la reforma agraria. Desde el inicio, su dirección quedó definida y sometida a la voluntad presidencial. Fue el presidente Cárdenas y no los campesinos quien puso al

frente de la nueva organización a su primer secretario general: Graciano Sánchez. Desde entonces y hasta la fecha, la dirigencia de la CNC a cambiado según la voluntad del presidente en turno: el general Gabriel Leyva, el profesor Roberto Barrios, el ingeniero Manuel Gándara, Ferrer Galván, Lorenzo Azúa --por excepción, un campesino--, Arturo Luna, los profesores Raymundo Flores y Francisco Hernández, etcétera. En la lista hay muchos personajes casi desconocidos, sin bases propias, meros instrumentos del jefe del Poder Ejecutivo para controlar, que no para velar por los campesinos. Con el paso del tiempo surgirían alternativas, como la Central Campesina Independiente, pero tampoco resistiría la penetración y subordinación al poder presidencial.

El sector popular, por su parte, se aglutinó alrededor de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), creada en 1943. Se supuso, que ahí se organizaría la clase media identificada con el régimen --era su criatura-- y la modernización: la burocracia gubernamental, los pequeños propietarios y comerciantes, las agrupaciones de profesionistas, los colonos, los trabajadores libres, los militares políticos, etcétera. De nueva cuenta, la organización nació subordinada. Sus líderes, del mayor poblano Antonio Nava Castillo al profesor Caritino Maldonado, del abogado Fernando López Arias a Alfonso Martínez Domínguez a la politóloga Silvia Hernández, no fueron más que representantes del presidente ante tan heterogéneas bases. Para esos líderes, la CNOP fue básicamente una etapa de

una carrera donde el verdadero poder estaba fuera: en un cacicazgo, una gobernatura o en un puesto en el gabinete.

Contraste.- En contraste con todo el resto del aparato corporativo, el sector obrero ha mantenido una cierta autonomía en su liderazgo frente al presidente. Para empezar, las organizaciones obreras fueron anteriores al partido de Estado; cuando este nació ya hacía tiempo que los sindicatos eran una fuerza política, en particular la CROM y la CGT. El fundador de la CTM, Vicente Lombardo Toledano, era ya un líder hecho y derecho cuando apoyó a Cárdenas desde la CGOCM en su disputa con Calles en 1935. De ese entendimiento surgió en febrero de 1936 la CTM. Con fuerza propia, la nueva central debió ser frenada por el presidente para que no expandiera al sector agrícola a organizar campesinos.

En febrero de 1941, cuando se iniciaba la ola anticardenista que haría dar un giro definitivo a la derecha al proyecto nacional, Lombardo dejó la CTM en manos de un subordinado: FV. El antiguo lechero se dejó impulsar primero por Lombardo y luego por la nueva corriente anticardenista --ese fue uno de sus secretos, nunca se opuso a los vientos políticos dominantes-- y muy pronto acabó con el legado del brillante ideólogo e intelectual poblano y el antiguo lechero lo expulsó para siempre de la organización. Como Porfirio Díaz hizo con Manuel González, FV dejó a Fernando Amilpa al frente de la CTM de 1946 a 1949, período que el primero aprovechó muy bien para minar el poder de Amilpa e introducir los cambios necesarios que permitirían a FV su reelección ininterrumpida como secretario general de la CTM, hasta que la

muerte lo separó del puesto, 48 años más tarde. A diferencia de Díaz, ninguno de los desafíos a los que se enfrentó FV --y fueron muchos-- fue capaz de arrebatarse el poder.

El Secreto. El secreto no tan secreto de la larga permanencia de FV al frente de la CTM y del movimiento obrero oficial, tiene al menos dos facetas. La primera es la ventaja que le dio la reelección frente a los presidentes. Mientras el asesinato de Obregón obligó a mantener el principio de la no reelección para el jefe nato de todas las organizaciones que forman el partido de Estado --el presidente de la República--, para FV y la CTM ese principio dejó de existir desde que FV se hizo un aliado valioso de Avila Camacho y Miguel Alemán en su proyecto de deshacerse de Lombardo y del cardenismo. La imposibilidad de reelegirse ha sido el único límite efectivo al poder de los presidentes desde que la presidencia se emancipó de la tutela de Calles, pero ese límite no existió para FV, y conforme sus reelecciones se multiplicaron, más aumentó su autonomía respecto del "señor presidente" del sexenio. FV fue la excepción de la regla de oro de la política postrevolucionaria.

La otra faceta del secreto de FV --esta si ampliamente compartida--, es que él nunca se vio limitado en su acción por algo que pudiera asemejarse a una ideología. FV, como el PRI y el régimen en conjunto, carecieron de principios básicos: todo era negociable. La meta de FV y los suyos no era llevar a los obreros o a México a algún destino en particular. No, su meta era simplemente sobrevivir en el ejercicio del poder, y por ello nunca se opuso a los cambios de dirección del régimen mexicano.

Si Miguel Alemán decidió irse a la derecha, FV le acompañó, si Adolfo López Mateos sostuvo que la meta era la "izquierda dentro de la constitución", FV le apoyó. Cuando llegó la dureza de Gustavo Díaz Ordaz, FV también fue duro y ofreció la acción directa de los obreros contra los estudiantes en rebeldía democrática. Pese a ciertas diferencias, FV y la CTM encontraron ventajoso el populismo de Echeverría y López Portillo, pero después no se opusieron a caminar por la senda contraria al lado de los tecnócratas neoliberales: Miguel de la Madrid, Carlos Salinas o Ernesto Zedillo.

Para la CTM y para su líder vitalicio, cualquier dirección marcada por el presidente era buena, lo mismo cuando los salarios reales crecían que cuando disminuían. Su ductilidad únicamente tenía un límite, que el gobierno les dejara conducir los asuntos internos de la CTM y, si se podía, de todo el movimiento obrero organizado. Ahora bien, si por alguna razón el presidente apoyaba o castigaba a otros dirigentes obreros --encarcelar a Joaquín Hernández Galicia o ensalzar a Francisco Hernández Juárez-- FV no hacía de eso un *casus belli*, acataba y esperaba, pues finalmente los presidentes pasaban pero no FV.

El Costo. - Como en el porfiriato, la permanencia de un líder después de una época turbulenta, fortaleció la estabilidad y el *status quo*, pero tuvo un costo: el anquilosamiento del sindicalismo. El pago se difirió por casi medio siglo, pero hoy se ve el costo: la caída del poder adquisitivo de los salarios y de su participación en el producto bruto, el desempleo y la pérdida de votos para el PRI, la ausencia de un verdadero

proyecto obrero frente a la globalización y la nueva economía, el aislamiento de la dirigencia frente a las bases --la imposibilidad de organizar el desfile del 1° de mayo es un buen indicador--, la negativa como única respuesta frente a los impulsos de cambio. En suma, el precio por mantener a FV por medio siglo al frente del movimiento obrero es la irrelevancia actual de la CTM de cara al futuro.